

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## Dominica 4.<sup>a</sup> de Adviento.

Vox clamantis in deserto:  
Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus.

Luc., III, 4.

Voz del que clama en el desierto. Aparejad el camino del Señor: haced derechas sus sendas.

Sabemos que á la otra parte del sepulcro nos espera el eterno Juez, sentado en su tribunal para pedirnos rigurosa cuenta de toda nuestra vida. Y tambien está escrito que cada uno recogerá despues de la muerte lo que hubiere sembrado durante la vida. Si sembráis malas obras en el tiempo, cosechareis desventuras horribles en la eternidad. Todo árbol que no diere fruto, ó lo diere corrompido, será derribado por la muerte y destinado al fuego eterno. La segur está puesta al pié de este árbol de nuestra vida; y ¿quién nos librará de la ira venidera? Oid la voz misericordiosa y com-

pasiva del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor y haced derechas sus sendas. Que todo valle se colme, y todo monte y todo collado se humille. Que los caminos torcidos se hangan rectos, y se tornen suaves y llanas las sendas ásperas y desiguales. Y toda carne verá la salud de Dios. Así predicaba el Bautista en las riberas del Jordan, y corrian las gentes y ansiosas le preguntaban: *Quid ergo faciemus?* ¿Qué harémos, pues? Voz del que clama en el desierto, les decía el Precursor: Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas al Salvador ahora que viene manso y humilde á redimiros, antes que venga inexorable y justiciero á residenciaros. Enmendad vuestra vida, haced frutos dignos de penitencia y llegareis á ver la salud de Dios.

En efecto; la enmienda de nuestra vida es necesaria para lograr despues de la muerte sentencia de salvacion.

Vox clamantis in deserto:  
Parate viam Domini: rec-  
tas facite sémitas ejus.

Lue., III, 4.

Voz del que clama en el  
desierto: Aparejad el cami-  
del Señor: haced derechas  
sus sendas.

Voz del que clama en en el de-  
sierto de vuestros corazones:  
Abrid camino, removed obstácu-  
los, allanad las sendas, suavizad  
las asperezas y fragosidades de  
vuestra vida para que venga á  
reinar en vuestras almas la gra-  
cia y la verdad del Santo, del Jus-  
to, del Inmaculado y mas alto  
que los cielos. Que todo monte se  
humille, que se abatan las colin-  
nas y se colmen los valles, y al-  
canzaremos la dicha de ver la  
salud de Dios.

Con esta bellísima metáfora  
nos enseña el Evangelio el arte  
sublime de la justificación que  
consiste en borrar por medio del  
arrepentimiento los pecados co-  
metidos después del Bautismo y  
emprender una vida nueva, vida  
consagrada á la virtud, á las  
buenas obras, al servicio de Dios  
y al logro de la vida eterna.

Los pecados son los obstáculos  
que impiden al Señor su entra-  
da misericordiosa en vuestros  
corazones, y no hay otro medio  
para lograr la salud de Dios sino  
destruir esos obstáculos, prepa-  
rar el corazón y adornar sus ave-  
nidas á fin de que por el camino  
de la penitencia recobremos la  
gracia y la salud que hemos per-  
dido en los caminos fragosos del  
pecado. Lo primero que habeis  
de hacer para vuestra justifica-

cion es dejar vuestros malos ca-  
minos y entrar resueltamente en  
la hermosa via de los divinos  
mandamientos, diciendo con el  
profeta: Ojala se enderecen todos  
mis pasos al cumplimiento de  
las justificaciones de Dios, (1)  
que son más dulces que los pa-  
nales de miel y más preciosas  
que el oro y los topacios. No  
basta dejar los malos caminos y  
odiar el pecado; es preciso con-  
fesarlos con verdadero arrepen-  
timiento y hacer frutos dignos de  
penitencia con propósito firme  
de luchar contra el pecado y de  
atesorar obras de virtud y santi-  
ficación. Hé aquí los caractéres  
de la verdadera penitencia y la  
condicion necesaria de nuestra  
rehabilitación sobrenatural para  
la vida de la gracia y la posesion  
de la gloria.

Voz de Dios que clama en este  
desierto del mundo; Convertios  
y haced penitencia de todas  
vuestras iniquidades, y evitareis  
la ruina final; arrojad de voso-  
tros todas las prevaricaciones  
que habeis cometido, y hacéos  
un corazón nuevo y un espíritu  
nuevo, ¿y porqué habeis de mo-  
rir? yo no quiero la muerte del  
pecador sino que se convierta y  
viva (2) No he venido en busca  
de los justos sino de los pecado-  
res. Venid á mi los que vais  
abrumados con el peso de vues-  
tros pecados y yo os aliviaré.  
Porque los sanos no necesitan  
los cuidados del médico sino los

(1) Psal. 118.

(2) Ezeec. 18.

débiles, los extraviados, los enfermos de espíritu y pesados de corazón.

Lavad vuestras manos con lágrimas de contrición y purificad vuestros corazones en las fuentes de la Penitencia. Considerad vuestra miseria, gemid y llorad. Conviértase en llanto vuestra risa y en tristeza vuestro gozo. Humillaos en presencia del Señor y él os levantará de vuestro anonadamiento (1). Así como habeis abusado de vuestras potencias y sentidos para servir al diablo, vuestro enemigo, emplead vuestras fuerzas en sacudir tan vergonzosa servidumbre y consagrad vuestro entendimiento, vuestra memoria, vuestro corazón y todo vuestro ser al servicio de Dios, vuestro Padre, que es paciente, benigno, compasivo y pronto á perdonar. La penitencia, dice San Agustín (2) es medicina saludable, esperanza de salvación para los pecadores, y el sacrificio mas grato que podemos ofrecer á Dios para lograr el perdón de nuestras ofensas y el rico tesoro de sus gracias. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Cuando hagais penitencia, continúa el Santo Doctor, lavad vuestros pecados con lágrimas del corazón y de los ojos. *Fundite pro peccatis lacrymas cordis et corporis*. Dichosas lágrimas que levantaron á Pedro de su caída, que dieron á la Magdalena el perdón, á Marta la salud, á la

Cananea su petición y á Lázaro la vida. Pero ved lo que sucede. Lloran las gentes desgracias temporales y no se duelen de su desgracia eterna. Hay llanto verdadero y dolor profundo por la pérdida de un bien caduco y mezquino, y no se siente ni se llora la pérdida del sumo bien que es Dios. ¿Hay desgracia mayor que el pecado? ¿Hay pérdida más costosa que la del cielo? ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Y con todo se verifica entre nosotros el dicho de Juvenal, á saber; que lloran los hombres y se duelen y se sacrifican por un puñado de monedas mientras contemplan impasibles los funerales de su alma y su eterna condenación. *Majore tumultu planguntur numi quam funera. Ploratur lacrymis amissa pecunia veris* (1).

Pues bien: Está escrito que si no hacemos penitencia, pereceremos sin remedio. Si nó enmendais vuestra vida, sino enderezais vuestros caminos, sino os convertís de corazón al Señor, vibrará sobre vuestras cabezas la espada de su justicia, extenderá su arco, derramará sobre los obstinados la copa de su indignación y lanzará sobre ellos las saetas encendidas de su furor, precipitándolos de la cumbre de su soberbia al abismo del fuego eterno.

Oid ahora la voz del que clama en el desierto, llamándoos con acento de amor y de misericordia

(1) Jacob. IV.

(2) In Serm. ad Herem.

(1) Lib. 2. Di.

dia á la enmienda de vuestra vida. *Parate viam Domini*. Abridle vuestro corazón, entregadle vuestra alma, derribad las montañas de vuestros pecados y sepultadlas en lo profundo de una contrición amarga y fervorosa. Poned vosotros para esta obra grande de vuestra salud lo que os corresponde; á saber; la contrición, que abate las montañas de la soberbia y de la culpa; la confesión, que colma de gracias y de consuelos los valles profundos de nuestras miserias, y la satisfacción, que allana y suaviza los caminos de la virtud. Cumplid vosotros lo que Dios os manda, *Parate viam*, y Dios cumplirá fielmente lo que ha prometido, á saber, la remisión de vuestros pecados, la santificación de vuestra alma por medio de su gracia y una sentencia de salvación en el día de la cuenta para que viváis eternamente felices entre los esplendores de su gloria, Amen.

#### VARIEDADES.

**JESUCRISTO.** La esperanza es la que endulza las amarguras de la vida. Pesada es tu cruz pero llegará un día en que te libraré de ella.

Mucho padecieron por mi amor mis mártires, pero ya se acabaron sus tormentos. Si se te hacen largas y pesadas las horas del padecer, mucho mas pesadas se te harán por la impaciencia, y mucho mas larga y pesada se hará la eternidad á los condena-

dos. Pero aun en esta vida te libraré de la cruz siempre que te convenga para tu salvación, y me lo pidas con confianza, amor y perseverancia.

Segun *El Eco de Tudela* se verificó en aquella ciudad una reunión de comerciantes en casa del Sr. Gobernador eclesiástico. El Sr. Onorbe expuso el objeto de aquella junta que no era otro sino buscar el medio mas fácil de cumplir el sagrado precepto de santificar las fiestas, sin perjudicar en todo cuanto sea posible los intereses de aquellos.

Por los asistentes á la reunión se tomaron los siguientes acuerdos:

1.º No abrirán las tiendas de esta ciudad ni siquiera se permitirá que las puertas queden entornadas, sino que han de estar completamente cerradas.

2.º Se nombró una comisión permanente que vigile por el cumplimiento fiel de los acuerdos, compuesta de los señores Escarreta, Pobes y García y el M. I. Señor Gobernador como Presidente.

3.º Los firmantes del acuerdo, se imponen voluntariamente una multa de 500 reales por cada vez que falten á lo acordado, y esta cantidad se remitirá al establecimiento mas pobre de Tudela, á juicio de la comisión.

4.º Imprimir dos mil circulares para los pueblos comarcanos participándoles que no se molesten en venir á comprar á Tudela en los días festivos.

5.º Colocar tarjetones indicadores de este acuerdo en los escaparates y puertas de los comercios donde se cierre los días de precepto.

El Señor Gobernador prometió hacer cuanto estuviese de su parte para impedir que los habitantes de los vecinos pueblos vengán á comprar á esta ciudad en día festivo, á cuyo efecto escribiría á los párrocos de su diócesis para que exciten á sus feligreses á fin de que se abstengan de hacer sus compras en día festivo. También prometió escribir al Sr. Obispo de Tarazona participándole este acuerdo y con el fin de que los comerciantes de aquella ciudad sigan el ejemplo de los de ésta y sea mas permanente el acuerdo.

La comision nombrada quedó en el encargo de visitar á todos los comerciantes de Tudela para invitarles á que se adhirieran á lo propuesto por sus compañeros.

También parece se celebró una gran reunion de señoras siendo grande el número de las asistentes, y acordaron constituir una Asociación para velar por la santificación de las fiestas y no comprar género alguno en los establecimientos que dejen de cerrarse los días de precepto.

Han sido entregados voluntariamente á la autoridad eclesiástica de Calahorra más de doscientos libros protestantes que

por el correo se han remitido á otras tantas personas de aquella localidad.

Muy laudable es esta conducta, y si todos los libros de propaganda protestante tuvieran un fin parecido, pronto se convencerian los sectarios de Lutero que es inútil cuanto hagan por descatalogar á España.

### DELICADEZA VERDADERA.

Durante la guerra de 1870, un oficial prusiano á la cabeza de un peloton de soldados entró en una aldea y llamó á la puerta de una casa de pobre aspecto: era la casa rectoral. Un sacerdote anciano con los cabellos blancos abre y pregunta al oficial qué es lo que desea:—¿Podriais, le dice este, proporcionarme forraje para nuestra caballería?—Seguramente, contestó el cura, seguidme y os llevaré á donde lo hay en abundancia. Parten juntamente y no tardan en llegar á un campo de trigo. Al verlo el oficial exclamó:—Hé aquí justamente lo que nos hace falta.—Venid, venid un poco mas lejos, replica el cura, y os enseñaré algo mejor todavia. Llegan por fin á un campo de avena que los soldados devastan en un momento. El oficial acordándose entonces del campo de trigo que habian dejado atras, dice al cura:—¿Para que hacernos andar tanto? el campo de trigo valia sin duda mas que éste.—Es verdad respondió el sacerdote; pero el trigo no era mio y la avena sí. Sois en

verdad un hombre honrado, exclamó el oficial, yo haré que se os pague el precio de la avena.

### UNA NOCHE EN EL DESIERTO.

En 1841 tuvimos que pasar algunas noches bajo la tienda de un árabe de la tribu de los Donairo, con una compañía tan amable como extrañamente mezclada en punto á creencias religiosas. Allí nos reunimos un musulman, dos renegados, un calvinista, un judío, tres filósofos, el primero san simoniano, el segundo materialista, y el tercero humanitario con tendencias al cristianismo, y en fin un católico. Añadiremos para contemplar el cuadro, que el materialista y el humanitario llevaban la medalla de la Santísima Virgen, y que los renegados no la habían dejado.

La primera noche, el musulman, valiente soldado, sin preocuparle en lo mas mínimo la presencia de sus huéspedes se prosternó y rezó notablemente sus oraciones. El católico, algo intimidado, se habia propuesto en un principio no chocar con nadie y rezar retirado en un rincón y cubierto con su albornoz. La sencillez de la fé del musulman le hizo avergonzarse. El creyó con razon, que no debía mostrar menos respeto á Dios que el que habia demostrado aquel pobre infiel; y despreciando el respeto humano se puso de rodillas. Al dia siguiente se renovó la misma escena antes de partir. Jamás ol-

vidaremos el acento y la mirada con que el musulman dirigiéndose al católico, é indicando á sus compañeros, le dijo: *Mira esos perros... Ninguno reza.*

### MIGUEL

...No hay inconveniente por mi parte en que publiques ese hecho de mi vida, si así te parece de provecho: solo te pido que no hermooses mi retrato con los delicados tintes de tu paleta. Presentame tal cual yo era y gracias á Dios ya no soy, para que así resalte más á los ojos de todos lo que me dijiste un dia paseando en Ch..... *Nihil longe est a Deo.* Nada hay lejos de Dios.

(Carta de Migel al autor de estas líneas.)

Llamaba la atencion de todos cuantos entraban en la salita de confianza de la rica viuda de H...., un objeto extraño, colocado á los piés de un magnífico crucifijo de marfil, que se destacaba en el fondo de la pieza, bajo un dosel de terciopelo negro. Era una especie de relicario de plata, primorosamente cincelado y guarnecido de riquísimas esmeraldas, que esparcian sus agradables reflejos, ora á los velados resplandores del sol que penetraba por las cortinas de muselina bordada, ora á la suave luz de los dos reverberos de bronce que ardian en los angulos de la chimenea, bajo sus bombas de cristal nevado.

Cualquiera hubiera creído encontrar bajo el cristal redondo que formaba el centro de aquella rica alhaja, alguna reliquia venerada ó alguna imagen piadosa; mas sólo se veía una moneda ordinaria de veinte reales, con el busto de doña Isabel II, arañada y horadada violentamente en el centro.

La primera vez que vi este extraño objeto me preguntaba sorprendido cuál sería su significado, y absorto en estos pensamientos mientras esperaba á la señora de la casa, no sentí sus lijeros pasos que habia ahogado la alfombra.

—¡Hermosas esmeraldas! ¿No es cierto?—me dijo sonriendo de un modo que probaba hasta la evidencia que mi curiosidad habia sido sorprendida.

—¡Magníficas! — contesté un poco turbado, al verme cogido *infraganti*.—Bien merecen guardarse una reliquia.

La señora se echó á reír.

—Para mí lo es esa moneda,— replicó al fin gravemente: ella salvó la vida de mi hijo, y cambió su corazón por completo.... Por eso la he colocado á los pies del Señor como un ex-voto.

Mi rostro debió de retratar entonces un signo de interrogación tan marcado, que sonriendo la señora bondadosamente, me dijo:

—Cuando vea Vd. á Miguel, dígame de mi parte que le cuente esta historia.

Busqué á Miguel y no pude sacarle una palabra, era entonces mi amigo muy filósofo, y contes-

taba á mis preguntas con aquella sentencia del Koran: «La palabra vale plata, pero el silencio vale oro,» y añadía que según Rabi Efendi, ilustre poeta turco, la naturaleza ha dado al hombre dos oídos y una sola lengua, para enseñarle que mas debe de oír que de hablar. Instele á que diese gusto á mis dos oídos con su única lengua; pero todo fué en vano. Por lo visto sus estudios orientales le habian hecho desconfiar de las amistades de le-  
vita.

Fióse al fin de amistades de sonata, y algunos años despues nos refirió él mismo la siguiente historia, sin sospechar que el amigo que gastaba esta iba á serle mas traidor que el que habia gastado aquella, lanzando al público sus confianzas. Y á fé que el pobre Miguel no merece traición semejante; es un excelente muchacho, padre ya de cinco chicos, que ha sido capaz de escribirnos hace poco las palabras que sirven de epigrafe á estas líneas.

Por lo visto no saca ya sus citas del Koran, ni de Rabi Efendi el poeta turco.

## II.

Era Miguel, en toda la extensión de la palabra, un calavera; pero no un calavera que hubiese llegado á serlo guiado por instintos perversos ó depravadas ideas; era una de las muchas víctimas que hace en la juventud la hipocresía del vicio. Arrastrado por las malas compañías habia comenzado por fingirse

libertino para amoldarse á las costumbres de sus compañeros, y habia concluido por serlo realmente, tanto como ellos lo eran.

Su padre, rico mayorazgo de un pueblo de campo de Andalucía, para nada se habia ocupado de la educacion de su hijo. Complaciase tan solo en verle á los quince años correr liebres al galope de una yegua, con la seguridad del más diestro jinete; derribar vacas en los *tentaderos* de sus cortijos con el pulso de un picador de plaza, y pasear en la feria del pueblo un magnifico potro jerezano, clavado en su silla vaquera, con su fina manta murciana en el arzon delantero, su sombrero *calañés* un poco ladeado, y su rico marsellés verdoso con botonadura hecha de centines de oro.

No habia dejado en el mismo abandono la buena madre de Miguel el corazon de aquel hijo único tan amado, habia con sumo tacto dirigido hacia el bien esos primeras impulsos, que como las flores reciben la vida de su tallo, reciben ellos su sér entre los besos de una madre, y de los cuales puede decirse algo de lo que del alma ha dicho un padre de la Iglesia: que tan elevada es ella, que podrá el pecado oscurecerla y afearla, mas jamás borrarla y destruirla. Supo, pues, aquella buena madre infundir en el corazon de su hijo la fé como un deber, la esperanza como un consuelo y la caridad como un goce, y supo además fomentar con tal destreza sus sentimien-

tos naturalmente compasivos, que bien pronto vió florecer en el niño hermosas obras, que en la limitada esfera de sus cortes años bien podian llamarse heroicas.

Era, pues, Miguel, en lo moral, á los diez y ocho años, un excelente jóven, que amaba á su madre con delirio y conservaba en toda su frescura y lozania las santas ideas y puros sentimientos que ella le habia inculcado. Tenia en lo físico una hermosa figura, que hubiera quizá parecido poco fina entre los figurines de modas cortadas en patrones extranjeros, que forman la flor y nata de nuestra juventud elegante; pero que era en realidad la de ese varonil tipo, español genuino, que reúne, al natural señorío del caballero, algo de airoso garbo de la espontánea gracia que, llevada á un extremo ya chabacano, se observaba en otros tiempos en el antiguo jaque de Andalucía.

Decidió al fin el padre de Miguel que cursase éste en Sevilla la carrera de leyes; y provisto el jóven de cartas de recomendacion para su parentela, perteneciente toda á la mas alta nobleza, partió, con gran sentimiento de su madre, para esa hermosa reina de Andalucía que enarbola sobre su Giralda la enseñanza de la fé, como si quisiese advertir al que llega que á todos sus blasones antepone el de católica.

(Continuara.)